

EL ARBOL AMARGADO

Amargura y falta de perdón



Pero aun así, las serenas
palabras del sabio
son mejores que los clamores
del rey de los necios.

Eclesiastés 9:17

Esa mañana no era diferente a cualquier salida de sol en el huerto del granjero. Los animales y plantas habían aprendido a vivir en armonía unos con otros, y la vida en el campo era de perfecta paz.

Sin embargo, esa mañana en particular el granjero notó que el Fresno empezaba a quejarse de todo lo que pasaba a su alrededor.

—¿Por qué las aves hacen nido en mis ramas? —repetía el malhumorado árbol—, ¿por qué se quieren aprovechar de mí? Estos pájaros son abusivos conmigo, me rehúso a aceptar que solamente sirvo para que las aves hagan nido en mis ramas.

A eso del mediodía, caminaba un puercoespín buscando alguna sombra que le ayudara a resistir el sol y el cansancio del camino diario.

—¿Qué haces aquí? —dijo el Fresno—, ¿no tienes nada mejor que hacer?

—¡Eh!... solo estoy tomando un poco de sombra —respondió tímido el puercoespín—, ¿acaso está prohibido?

—Pues ni siquiera me has pedido permiso para beneficiarte de mi sombra, así que tendré que pedirte que te vayas a otro lado.

—¡Qué curioso! —dijo molesto el puercoespín—, todo árbol ha nacido para dar sombra pero tú me echas de aquí por ayudarte a cumplir tu propósito. No necesitas echarme, claro que me voy. Luego no te sorprendas de estar completamente solo.

Más tarde, un conejo blanco estaba construyendo su madriguera debajo de la tierra, y llegó cerca de las raíces del Fresno.

—He sabido que los fresnos tienen grandes raíces —pensó el conejo—, tan perdurables como para poder hacer mi madriguera dentro.

Con estas palabras el conejo pedía permiso al Fresno para hacer su hogar debajo de él.

—Ni loco lo aceptaré —gritó el Fresno con furia—, mi respuesta es un rotundo ¡NO! ¿Acaso quieres que mis raíces se debiliten? Vete a buscar una guarida en otra parte.

Así, el Fresno se iba quedando sin amigos. Los árboles que habían sido plantados cerca de él solicitaron al granjero un trasplante de inmediato pues ya no soportaban la idea de seguir escuchando su amargura.

El granjero les concedió su petición a todos, pero no se quedó conforme con ver al Fresno solitario en medio del monte. Decidió acercarse y preguntar.

—¡Hey!... buenos días, señor Fresno
—exclamó el granjero acercándose al
gran árbol—, ¿cómo estás?

Para sorpresa del cultivador, el árbol
estaba llorando en secreto. Secando
las lágrimas que caían de sus ojos de
árbol, respondió fingiendo naturali-
dad.

—Absolutamente bien, me alegro de al
fin poder estar solo para meditar.

—No es bueno que estés solo Fresno
—cuestionaba con autoridad el granje-
ro—, ¿cuál es el motivo de tu tristeza
y odio hacia el resto de la naturaleza?

—¡Pues te lo diré de una vez! No es
justo que todos en el bosque confa-
bulen para aprovecharse de mí. Nadie
me pregunta si necesito algo. Y cada
vez que intento tener una conversa-
ción normal, termino ahuyentando a
todos y ahora nadie quiere acercar-
se a mí. ¿Qué tengo de malo? Ahora
pienso que en realidad nunca debí ser
plantado en este lugar.

—Mmm... no sé qué es lo que te sucede —respondió el sembrador—, pero lo vamos a averiguar.

Así que decidió revisar cada rama, hoja y porción de tronco del árbol. De pronto, un brazo de luz de sol atravesó el valle llegando justo hasta el Fresno. Sí. Ahí estaba la razón. Una raíz amarga.

—Escucha amigo Fresno, he descubierto una raíz amarga entre tus raíces, por eso andas tan amargado. ¿Tienes alguna idea de por qué está ahí?

—No —respondió sorprendido el árbol—, pero me molesta mucho que digas que el problema soy yo. Te he dicho que yo no tengo ningún problema, por el contrario, son todos en el bosque los que están contra mí. Pregúntales a ellos... ¿qué les sucede?, yo soy solo una víctima. A esto justamente se refería la iguana. Ella dice que no debería dejar que todos se aprovechen de lo que puedo ofrecer.

—¿La iguana? —interrumpió el granjero, reconociendo la causa de estos males—, ¿cuándo viste a la iguana?

—Hace unos meses, hizo unas cuantas suciedades por allí y luego me dijo eso.

—Justamente por eso la iguana se alejó de este valle, porque las palabras que salían de su mal corazón hacían que todos cambien el humor. Por eso la echamos.

Mientras el granjero decía estas cosas, desenterraba la raíz amarga y poco a poco la apartaba del resto de raigones.

Una semana después, el Fresno estaba tan radiante que todas las criaturas del bosque querían estar a su alrededor. Aves anidaban en sus ramas y el Fresno conversaba con ellas y les daba instrucciones de cómo utilizar mejor sus hojas, pues él sabía que había sido creado para eso.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Alguna vez te han dicho palabras que hirieron tu corazón?
- » ¿Qué palabras pueden herir a los demás?
- » ¿Qué sucede si te guardas y crees en las palabras que te han herido?